

instante, pues, de lo contrario, plantaría en la calle á Coseta, que estaba aún convaleciente de su grande enfermedad, con los frios, por los caminos, que sería de ella lo que pudiera ser, y que reventara, si quería. — ¡Cien francos! dijo Fantina. ¿ Pero dónde hay un oficio en que se ganen cien sueldos por día ?

— ¡Vamos! añadió, vendamos lo que queda.  
Y la infórtunada se hizo mujer pública...

## XI

## CHRISTUS NOS LIBERAVIT

¿Qué viene á ser esta historia de Fantina? Es la sociedad comprando una esclava.

— ¿ Á quién ? Á la miseria.

¡ Al hambre, al frío, al aislamiento, al abandono, á la desnudez ! ¡ Compra dolorosa ! Un alma por un pedazo de pan. La miseria ofrece, la sociedad acepta.

La santa ley de Jesucristo gobierna nuestra civilización, pero no la penetra aún : dicen que la esclavitud ha desaparecido de la civilización europea. Es un error. Existe siempre ; pero ya sólo pesa sobre la mujer, y se llama prostitución.

Pesa sobre la mujer, es decir, sobre la gracia, sobre la debilidad, sobre la belleza, sobre la maternidad. Esto es una gran vergüenza para el hombre.



En el punto al cual hemos llegado de este doloroso drama, ya nada queda á Fantina de lo que fué en otro tiempo. Al convertirse en lodo, ha se transformado tambien en mármol. Al tocarla, da frio. Pasa, no os conoce, os sufre, y nada más. Es la figura deshonrada y severa. La vida y el órden social han dicho su última palabra. Le ha sucedido todo cuanto le sucederá. Todo lo ha sentido y resentido ya, todo lo ha soportado, todo lo ha experimentado, todo lo ha sufrido, todo lo ha perdido, todo lo ha llorado. Está resignada con esa resignacion que se parece á la indiferencia como la muerte se parece al sueño. Ya nada evita. Ya nada teme. ¡Que descarguen sobre ella todos los nublados, y que pase por encima de ella todo el océano! ¿qué le importa ya? es una esponja empapada.

Á lo ménos, así lo cree ella. Pero es un error el imaginarse que se agota y se apura la suerte, y que se toca al fondo de cualquiera cosa.

— ¡Ah! ¿qué vienen á ser todos esos destinos lanzados así en horrenda confusion? ¿adónde van? ¿por qué son de esa manera?

El que sabe esto ve todas las sombras, lee en las tinieblas.

Es él solo. Llámase Dios.

## LOS OCIOS DEL SEÑOR BAMATABOIS

Hay en todas las poblaciones pequeñas, y habia particularmente en M., cierta clase de caballeretes que mascullan mil y quinientos francos de renta en provincia con el mismo tono con que sus iguales devoran en París doscientos mil francos al año. Son séres de la grande especie neutra; eunucos, parásitos, nulos; que tienen un poco de tierra, un poco de necesidad, un poco de chiste; que serian palurdos en un salon, y se creen caballeros en la taberna; que dicen: — Mis prados, mis bosques, mis mozos; que silban á las actrices del teatro para probar que son personas de gusto; que disputan con los oficiales de la guarnicion para hacer ver que son gentes de guerra; que cazan, fum., bostezan, beben, huelen á tabaco, juegan al billar, miran á los viajeros al bajar estos de la diligencia; viven en el café, comen en la posada, tienen un perro que roe los huesos bajo la mesa



y una querida que pone los platos encima; que riñen por un sueldo, que exageran las modas, admiran la tragedia, desprecian á las mujeres, usan sus botas viejas, copian á Londres al traves de París, y á París, al traves de Pont-à-Mousson, envejecen atontados, no trabajan nunca, no sirven para nada ni dañan á nada que sea grande tampoco.

El señor Félix Tholomyès, si se hubiera quedado en su provincia, sin haber visto nunca á París, sería uno de estos hombres.

Si fueran más ricos, se diría de ellos: — Son unos elegantes; si más pobres: — Son unos holgazanes. Pero no son sino buenamente unos desocupados. Entre estos desocupados, hay fastidiosos, fastidiados, desvariados, y también hay algunos perillanes.

En aquel tiempo, un elegante se componía de una corbata grande y de un cuello más grande aún, de un reloj con enormes colgajos, tres chalecos superpuestos y de colores diferentes, el azul y el encarnado por dentro, un frac color de aceituna de talle corto y cola de pescado, con doble hilera de botones de plata muy aproximados entre sí y subiendo hasta el hombro, y un pantalón aceituna más claro, adornado en las dos costuras de un número de vivos indeterminado pero siempre impar, variando desde uno hasta once, límite del cual no se pasaba jamás. Añádase á todo esto unos zapatos-botas con sus taconitos ferrados, sombrero de copa alta y ala estrecha, el pelo en tufo, un enorme bastón y una conversación sazónada con los retruécanos de Potier; y después sus espuelas y sus bigotes. En aquella época, bigotes quería decir paisano, y espuelas querían decir pedestre.

Sólo que el elegante de provincia llevaba las espuelas más largas y los bigotes más feroces.

Era aquel el tiempo de la lucha de las repúblicas de la América meridional contra el rey de España, de Bolívar

contra Morillo. Los sombreros de ala estrecha eran realistas, y se llamaban morillos; los liberales llevaban sombreros de ala ancha que habían recibido el nombre de bolívares.

Unos ocho ó diez meses después de lo que se ha referido en las páginas anteriores, en los primeros días de Enero de 1823, cierta noche que había nevado, uno de estos elegantes, uno de estos desocupados, de los que « pensaban bien, » pues llevaba puesto un morillo, é iba además embobado en una de esas grandes capas que completaban en los días fríos el traje de la moda, se divertía en hostigar y provocar á una criatura que rondaba con vestido de baile y enteramente descotada, adornada la cabeza con muchas flores, frente á las vidrieras del café de los oficiales. Este elegante fumaba, pues el fumar era de rigor conforme á las prescripciones de la moda reinante.

Cada vez que aquella mujer pasaba junto á él, la lanzaba, con una fuerte bocanada del humo pestífero de su cigarro, algún apóstrofe que él creía chistoso y alegre; como: — ¡Qué fea eres! — ¡Por qué no te escondes? — ¡Desdentada! etc., etc. — Este caballero se llamaba el señor Bama-tobois. La mujer, triste espectro adornado que iba y venía sobre la nieve, no le respondía nunca, ni siquiera le miraba, y no por eso dejaba ella de llevar á cabo en silencio y con una regularidad sombría sus paseos, que la ponían cada cinco minutos bajo el sarcasmo, como el soldado que sufre la condena vuelve sin cesar bajo la férula que le hiere. El poco ó ningún efecto que producían sus invectivas picó sin duda al ocioso, quien, aprovechándose de un momento en que ella se volvía, la siguió detrás, á paso de lobo, y ahogando su risa, se agachó, tomó del suelo un puñado de nieve y se la introdujo bruscamente en la espalda entre sus omoplatos desnudos. La muchacha lanzó un rugido, se volvió, saltó como una pantera, y se precipitó sobre el



hombre, hincándole las uñas en la cara, con las palabras más horribles que es posible caigan del cuerpo de guardia al arroyo de la calle. Estas injurias, vomitadas con una voz enronquecida por el aguardiente, salían asquerosamente de una boca á la cual faltaban en efecto los dos dientes delanteros superiores. Era la Fantina.

Al ruido que hizo esta escena, salieron los oficiales tumultuosamente del café y los transeuntes se agruparon, formándose un gran círculo donde se reía, se daba rechiffa y se aplaudía, en derredor de aquel torbellino compuesto de dos seres en los cuales costaba trabajo el reconocer un hombre y una mujer; el hombre forcejeando y defendiéndose, rodando el sombrero por el suelo, y la mujer sacudiéndole de firme, con manos y piés, desgredada, bramando de ira, sin dientes y sin cabellos, lívida de despecho, horrenda.

De improviso salió vivamente de entre la muchedumbre un hombre de elevada estatura, cogió á la mujer por su corpiño de raso cubierto de lodo, y la dijo: ¡ Sígueme !

La mujer levantó la cabeza; su voz furiosa se extinguió súbitamente. Sus ojos parecían de vidrio, de lívida se volvió al instante pálida, y temblaba como sobreco-gida de espanto y de terror. Había reconocido á Javert.

El elegante se aprovechó muy listo de este incidente para esquivarse.

## XIII

## SOLUCION DE ALGUNAS CUESTIONES DE POLICIA MUNICIPAL

Javert hizo que se apartaran los concurrentes, rompió el círculo, y se puso á marchar muy aprisa hácia la oficina de policía que se halla á la extremidad de la plaza, arrastrando tras sí á la miserable, la cual se dejaba conducir maquinalmente. Ni él ni ella pronunciaban una sola palabra. La bandada de espectadores, en el paroxismo del gozo, seguía á cerca lanzando pullas y chistes. La suprema miseria, ocasión de obscenidades.

Una vez llegado á la oficina de policía, la cual era una grande pieza baja calentada por una estufa y custodiada por un puesto de guardia, con puerta de vidrieras y enrejado hácia la calle, Javert abrió la puerta, entró con la Fantina, y volvió á cerrarla tras sí, con gran chasco y contrariedad de los curiosos, quienes se empinaban sobre las puntas de sus talones y alargaban el cuello ante las empañadas vidrie-



ras del cuerpo de guardia, con el afán de ver algo. La curiosidad es una especie de gula. Ver es devorar.

Al entrar, la Fantina fué á caer pesadamente en un rincón, inmóvil y muda, acurrucada como una perra que tiene miedo.

El sargento del puesto trajo una vela de sebo encendida que colocó sobre una mesa. Javert se sentó, sacó de su bolsillo un pliego de papel sellado y se puso á escribir.

Las mujeres de esta clase están enteramente confiadas y entregadas por nuestras leyes á discrecion de la policía, la cual hace de ellas lo que quiere; las castiga como le parece, y confisca á su antojo esas dos tristes cosas que ellas llaman su industria y su libertad. Javert estaba impasible; su semblante, grave y formal, no revelaba la más mínima emoción. Sin embargo, hallábase serio y profundamente preocupado. Era uno de esos momentos en que él ejercía, sin la intervencion de nadie, pero con todos los escrúpulos de una conciencia severa, su formidable poder discrecional. En aquel instante, conocía que su escabel de agente de policía era un tribunal. Él juzgaba: juzgaba y condenaba. Por consiguiente, invocaba todas cuantas ideas podían caber en su cerebro, en presencia y en derredor de aquella gran cosa que hacía, de aquella función que estaba desempeñando. Cuanto más examinaba la acción de aquella moza, más le escandalizaba y le aturdió. Era evidente que acababa de ver la perpetración de un crimen. Acababa de ver allí en medio de la calle, á la sociedad representada por un propietario-elector, insultada y atacada por una criatura que está fuera de toda ley social. Una mujerzuela prostituida había osado atentar contra un vecino de la villa. Él mismo. Javert, por sus propios ojos, había visto tamaño desafuero; y escribía sobre ello en el mayor silencio.

Cuando hubo concluido, firmólo escrito, dobló el papel, y dijo al sargento del puesto, entregándosele: — Tome us-

ted tres hombres, y lleve esa muchacha al encierro. — En seguida, dirigiéndose á Fantina, le dijo: — Tú, ya tienes para seis meses.

La desdichada se estremeció.

— ¡Seis meses! ¡seis meses de cárcel! exclamó. ¡Seis meses sin ganar sino siete sueldos por día! ¡pero qué va á ser de mi Coseta! ¡mi hija! ¡hijamía! Pero si todavía debo más de cien francos á los Thénardier, señor inspector, ¿es que usted no sabe eso?

Y mientras esto decía, se arrastraba en las losas mojadas por las botas llenas de lodo de todos aquellos hombres, sin levantarse, con las manos cruzadas, en ademán suplicante, y dando largas trancadas sobre sus rodillas.

— Señor Javert, decía, le pido á usted gracia, se lo suplico. Le aseguro á usted que no ha sido mía la culpa. Si usted hubiera visto el principio de aquella riña, ya habría usted comprendido! Le juro á usted como Dios es bueno que no ha sido mía la culpa. Fué aquel señor caballero, á quien yo no conozco, que me echó nieve en la espalda, debajo de la ropa, sobre la carne. ¿Es que tienen derecho para echarnos así nieve en las espaldas cuando pasamos como yo pasaba tranquilamente sin hacer mal á nadie? Aquello me sobrecogió y me pasmó. Yo estoy algo mala, ya ve usted! ¡y despues, hacia ya mucho tiempo que me estaba diciendo malas razones. ¡Eres fea! ¡no tienes dientes! demasiado sé yo que ya no tengo mis dientes. Yo nada le hacia; decía para mí: es un señor que se divierte. Estaba muy razonable con él, y no le hablaba nada. Entónces fué cuando él me siguió detras callandito y me echó la nieve en la espalda. Señor Javert, mi buen señor inspector! es que no hay ahí fuera álguien que haya visto lo que pasó y le diga á usted que es la pura verdad lo que le digo? Tal vez yo hice mal en enfadarme. Usted sabe, en el primer momento, no se domina una; son vivacidades que no se pueden remediar.



Y además, una cosa tan fría que le echan á usted, cuando ménos lo espera, dentro de la espalda, sobre la carne, que hace tanto daño! Hice mal en echar á perder el sombrero de aquel señor. ¿Por qué se fue? Yo le pediría perdon. ¡Oh! Jesús mio, eso á mí me sería igual, sí, le pediría perdon. Hágame usted gracia hoy por esta vez, señor Javert! ¡Mire usted, quizás usted no sabe eso; pero en las prisiones no se gana más de siete sueldos diarios; no es por culpa del gobierno; pero se ganan siete sueldos, y figúrese usted que tengo que pagar cien francos, ó de lo contrario me enviarán mi niña. Ay, ¡Dios mio! yo no puedo tenerla conmigo. Es tan feo y tan malo lo que yo estoy haciendo! ¡Oh! mi Coseta, mi angelito de la santa Virgen, ¿qué es lo que va á ser de ella, pobre criatura? Le diré á usted, son los Thénardier, unos mesoneros, gentes del campo, que no calculan lo que una está pasando, ni se hacen cargo de nada. Ellos necesitan dinero. ¡No me haga usted prender! Ya usted ve, es una pequeñita, y son gentes que como tienen necesidad de su dinero, del dinero que yo les debo, por la niña, no pueden guardarla, y la pondrían en medio de esos caminos, anda por donde puedas, y que Dios te ayude, con estos frios y estas nieves del invierno; es menester tener compasión de aquella criaturita, mi buen señor Javert. Si ella fuera mayor, ganaría su vida, pero á esa edad, qué quiere usted, es imposible. Yo no soy una mala mujer en el fondo. No es la maldad ni la glotonería las que han hecho de mí lo que usted ve que soy. He bebido aguardiente, por miseria. Á mí no me gusta, pero eso aturde, y se sufre ménos. Cuando era yo dichosa, no había más que mirar en mis guardarópas y armarios, y se habría visto bien que yo no era una mujer coqueta ni amiga del desorden. Tenía ropa, mucha ropa blanca. Compádecase usted de mí, ¡señor Javert!

Hablaba de esta suerte, despedazada el alma y quebran-

tado el cuerpo, agitada por los sollozos, cegada por el llanto, con la garganta desnuda, retorciéndose las manos, tosiendo con una tos seca y abreviada y con la voz balbuciente y lenta del que está en agonía. El grande dolor es un rayo divino y terrible que transfigura á los miserables. En aquel momento, la Fantina se había vuelto hermosa. De vez en cuando se detenía, y besaba tiernamente la levita del inspector de policía. Habría ella enternecido un corazón de granito; pero no se enternece un corazón de leño.

— ¡Vamos! dijo Javert, ya te he escuchado. ¿Es que lo has dicho todo? ¡Ahora, marcha! Ya sabes que tienes para seis meses! el Padre Eterno en persona no podría impedirlo.

A loir esta solemne palabra: *el Padre Eterno en persona no podría impedirlo*, comprendió ella que estaba pronunciada su sentencia. Se desplomó al suelo murmurando:

— ¡Gracia! ¡perdon!

Javert le volvió la espalda.

Los soldados la agarraron por el brazo.

Algunos minutos ántes, había entrado un hombre sin que nadie fijase la atención en él, y cerrando la puerta, se había apoyado de espaldas contra ella, quedando en esta actitud en la cual oyó las súplicas desesperadas de la Fantina.

En el momento en que los soldados pusieron manos sobre la desdichada, que no quería levantarse, dió él un paso hácia adelante, salió de la sombra en que hasta entónces había permanecido invisible á todos, y dijo:

— ¡Esperen ustedes un momento, señores!

Javert levantó los ojos y reconoció al señor Magdalena. Se quitó su sombrero, y saludando con una especie de desgarbo enojado:

— ¡Perdone usted, señor alcalde!...

Esta palabra: Señor alcalde produjo en la Fantina un efecto extraño. Se enderezó súbitamente y se puso en pié de un solo movimiento, como un espectro que sale de la tierra;



rechazó á los soldados que la tenían asida por ambos brazos, encaminó directamente, y ántes que nadie pudiera tenerla, hácia el señor Magdalena, y mirándole fijamente, con ademán desvariado, exclamó:

— ¡ Ah ! ¡ conquere eres tú el señor alcalde !

En seguida dió una grande carcajada y le escupió en la cara.

El señor Magdalena se limpió el rostro con su pañuelo y dijo :

— Inspector Javert, ponga usted á esta mujer en libertad.

Javert creyó llegado el momento de volverse loco. En aquel instante, experimentaba él, una en pos de otra, y casi mezcladas en confusión, las más violentas emociones que habia sufrido en toda su vida. Ver á una mujer pública escupir en la cara del alcalde corregidor, era una cosa tan monstruosa que, en sus más horrendas suposiciones, habria considerado como un sacrilegio el creerlo posible siquiera. Por otra parte, en el fondo de su pensamiento, hacía él confusamente un triste paralelo entre lo que era aquella mujer y lo que pudiera ser aquel alcalde ; y entonces entreveía con horror algo que se le representaba como sencillo y fácil de explicar en este prodigioso atentado. Pero cuando vió á aquel alcalde, á aquel magistrado, limpiarse tranquilamente la cara y decir : *ponga usted en libertad á esta mujer*, tuvo como un desvanecimiento de estupor ; faltáronle igualmente el pensamiento y la palabra ; la suma posible de asombro habia sido excedida en él. Permaneció mudo.

Pero aquella frase no produjo una impresion ménos extraña en la Fantina, quien levantó su brazo desnudo y se colgó á la llave de la estufa como una persona que titubea. Sin embargo, dirigió unas miradas en torno suyo, y se puso á hablar en voz baja, como si se hablara á sí misma.

— ¡ En libertad ! ¡ que me dejen ir libre ! ¿ que ya no vaya á calárcel seis meses ? ¿ Y quién es el que ha dicho eso ? No

puede ser que lo haya dicho ese hombre. Yo he oído mal. ¡ No puede haber dicho tal cosa ese monstruo de alcalde ! ¿ No ha sido usted, mi buen señor Javert, el que ha dicho que me pongan en libertad ? ¡ Oh ! ¡ vea usted ! voy á decirle, y entónces me dejará usted marchar. Ese monstruo de alcalde, ese viejo bribon de alcalde, es la causa de todo. ¡ Figúrese usted, señor Javert, que me ha despedido ! por causa de un hato de bribonas que murmuran en el taller. ¿ No es esto un horror ? ¡ Despedir á una pobre muchacha que hace honradamente su trabajo ! entónces ya no ganó lo suficiente y todas las desgracias me vinieron encima. Y sobre todo, hay una mejora que estos señores de la policía debieran hacer al instante ; prohibir á los empresarios de las cárceles que perjudiquen á las pobres trabajadoras de fuera. Yo voy á explicarle á usted eso, ya verá cómo sucede. Gana una doce sueldos en las camisas, y despues las disminuyen á nueve sueldos, con lo que ya no es posible vivir. Por eso cada una viene luégo á ser lo que puede. Yo, como tenia á mi niña, Coseta, me he visto precisada á hacerme mujer mala. Usted comprende ahora que este tunante de alcalde es el que me ha hecho todo el mal. Despues de esto, yo pisoteé, es verdad, el sombrero de aquel señor elegante junto al café de los oficiales. Pero tambien él me habia echado á perder todo mi vestido con la nieve. Nosotras no tenemos más que un vestido de seda, para de noche. Ya usted ve, yo no he hecho nunca daño á nadie adrede ; de véras, señor Javert ; y por todas partes veo mujeres mucho más malas que yo, y que son mucho más felices. ¡ Ah ! señor Javert, usted ha sido el que ha dicho que me pongan en libertad, ¿ no es verdad ? Tome usted informes, hable usted á mi casero : ahora le pago bien mis alquileres ; por consiguiente, le dirá á usted que soy una mujer honrada. ¡ Ay, Jesus ! perdone usted, señor inspector, he tocado á la llave de la estufa, y esto hace que ahora eche humo.



El señor Magdalena la escuchaba con la más profunda atención. Mientras que ella estaba hablando, había él metido la mano en los bolsillos de su chaleco, y sacado de ellos la bolsa. La abrió y halló que estaba vacía; por lo cual la volvió á guardar. En seguida dijo á la Fantina:

— ¿Cuánto ha dicho usted que debía?

La Fantina, que sólo miraba á Javert, se volvió hácia él y le dijo:

— ¿Es que yo te hablo á ti por ventura?

Y dirigiéndose despues á los soldados:

— ¡Eh! ¿vosotros; no habéis visto cómo le escupí en la cara? ¡Ah! viejo pícaro de alcalde, también vienes tú aquí para hacerme miedo, pero yo no tengo miedo de ti. De quien tengo yo miedo es del señor Javert. ¡Sí, tengo mucho miedo de mi buen señor Javert!

Y diciendo esto, se volvió hácia el inspector:

— Con todo, vea usted, señor inspector, es preciso ser justo. Yo comprendo que usted es justo, señor inspector: á la verdad, eso es muy natural, un hombre que jugaba y se divertía en echar un poco de nieve en las espaldas de una mujer; eso hacía reír también á los oficiales; con algo se ha de divertir la gente, los señores; nosotros servimos para eso, estamos aquí para que se diviertan, y por qué no? Y despues, usted viene, y está usted obligado á poner orden, y se lleva consigo á la mujer que ha obrado mal; pero reflexionándolo bien, como usted es tan bueno, dice que me pongan en libertad; eso es por causa de la pequeña; porque seis meses en prision me impedirían alimentar á mi niña. Sólo que dice, con razon: no volverás á hacerlo, bribona! ¡Oh! no volveré, no, ¡señor Javert! ahora ya podrán hacer de mí todo cuanto quieran; yo no me moveré. Solamente hoy, ve usted, grité y me incomodé porque aquello me hizo daño; yo no esperaba tal nieve de aquel señor; y además, ya le he dicho á usted, no estoy muy bien de salud,

tengo siempre una tos que me da tormento, y aquí, en el estómago, siento como una bola que me abrasa; el médico me dice siempre: Cuidese usted mucho. Mire usted, toque usted aquí, déme usted su mano, no tenga miedo, es aquí, aquí.

Ya no lloraba, su voz era cariñosa, apoyaba, sobre su garganta blanca y delicada, la ruda manaza de Javert, y le miraba sonriendo.

De repente se arregló con la mayor vivacidad el desorden de sus ropas, hizo caer los grandes pliegues de su falda, que al arrastrarse por el suelo se había levantado casi hasta la altura de la rodilla, y marchó hácia la puerta diciendo á media voz á los soldados, con un amistoso signo de cabeza:

— Niños, el señor inspector ha dicho que me dejen libre, me voy.

Puso la mano en la aldaba. Un paso más, y estaba en la calle.

Javert, hasta este momento, habia permanecido de pié; inmóvil, fijos los ojos en el suelo, y oblicuamente colocado en medio de aquella escena como una estatua distraida de su lugar que espera la designen un puesto.

El ruido que hizo la aldaba le sacó de su letargo. Levantó la cabeza con una expresion de soberana autoridad, expresion tanto más aterradora, cuanto más bajo se halla colocado el poder, feroz en las fieras, atroz en el hombre de ruin estofa.

— ¡Sargento, exclamó, no está usted viendo que esa tunanta se va! ¿Quién le ha dicho á usted que la deje ir?

— Yo, dijo Magdalena.

Á la voz de Javert, la Fantina habia temblado y saltado inmediatamente la aldaba como un ladron cogido en fragante suelta el robado. Á la voz de Magdalena, se volvió, y á partir de este momento, sin pronunciar una palabra, sin



que osara siquiera dejar salir libremente e. soplo de su respiración, dirigía alternativamente sus miradas de Magdalena á Javert y de Javert á Magdalena, segun que hablaban el uno ó el otro.

Evidentemente era preciso que Javert se hubiera hallado, como suele decirse « fuera de juicio, » para que así se permitiese apostrofar al sargento en los términos en que acababa de hacerlo, despues de la invitacion del alcalde para poner á Fantina en libertad. ¿ Había llegado hasta el vidarse de la presencia del señor corregidor? ¿ Había concluido por declararse á sí mismo que era imposible « que una autoridad » hubiese dado semejante orden, y que, de seguro, el señor alcalde había debido decir impensadamente, y sin quererlo, una cosa por otra? ¿ Ó bien, en presencia de las enormidades de que era testigo hacía ya dos horas, se decía él que era preciso apelar á las resoluciones supremas, que era necesario que el pequeño se hiciera grande, que el espion se transformara en magistrado, que el hombre de policia se convirtiera en hombre de justicia, y que en esta prodigiosa y solemne extremidad, el orden, la ley, la moral, el gobierno, la sociedad entera, se personificaran en él, en Javert?

Sea de esto lo que quiera, cuando el señor Magdalena pronunció este *yo* que se acaba de oír, vióse al inspector de policia Javert volverse hácia el señor alcalde, pálido, frío, con los labios azules, la mirada descompuesta ó irritada, agitado todo el cuerpo de un temblor imperceptible, y cosa inaudita, decirle, con la vista baja, pero con voz firme:

- Señor alcalde, eso no puede ser.
- ¿ Pues cómo? repuso el señor Magdalena.
- Esta desgraciada ha insultado á un caballero.
- Inspector Javert, dijo el señor Magdalena en un tono conciliador y sereno, oiga usted. Usted es un hombre de

bien, y yo no tengo inconveniente ninguno en darle explicaciones. Hé aquí la verdad de lo que ha sucedido. Pasaba yo por la plaza en el momento en que usted se traía presa á esta mujer, todavía había muchos grupos de gente, de los cuales procuré informarme, y lo he sabido todo: fué el caballero quien tuvo la culpa y quien la provocó, en términos que, en buena policia, él habría debido ser el preso.

— Esta miserable acaba de insultar al señor alcalde.

— Eso es cosa que me concierne á mí, dijo el señor Magdalena. Mi injuria me pertenece tal vez; por consiguiente, puedo hacer de ella lo que quiera.

— Yo ruego al señor alcalde que me dispense; pero su injuria no está hecha á su persona, sino á la justicia.

— Inspector Javert, replicó el señor Magdalena, la primera de todas las justicias, es la conciencia. Yo he oido á esa mujer, y sé lo que me hago.

— Y yo, señor alcalde, no sé lo que estoy viendo.

— Pues entónces conténtese usted con obedecer.

— Ya obedezco á mi deber. Mi deber exige que esta mujer sufra seis meses de prision.

El señor Magdalena contestó con calma:

— Oiga usted bien esto, Javert. No sufrirá ni un solo día.

Al oír esta palabra decisiva, Javert se atrevió á mirar fijamente al alcalde, y le dijo, si bien con un tono de voz siempre profundamente respetuoso:

— Yo siento infinito tener que resistir al señor alcalde, es la primera vez de mi vida, pero él se dignará permitirme que le haga observar que yo estoy en el círculo y en los límites de mis atribuciones. Puesto que el señor alcalde lo quiere, insisto en el hecho del catallero. Yo me hallaba allí. Fué esta muchacha la que se arrojó sobre el señor Bamatabois, que es elector y propietario de aquella



hermosa casa de balcon que hace esquina á la explanada, de tres pisos y toda ella de piedra de silleria. En fin, ¡hay cosas en este mundo! Y como quiera que sea, señor alcalde, se trata de un hecho de policia que me incumbe, y yo retengo presa á la llamada Fantina.

Entónces el señor Magdalena cruzó los brazos y dijo con una voz severa que nadie en la ciudad le habia oido hasta este momento:

— El hecho de que usted habla es un hecho de policia municipal. Conforme á los artículos nueve, once, quince y sesenta y seis del código de instruccion criminal, soy yo el juez de él; y ordeno que esta mujer sea puesta en libertad.

Javert quiso aún intentar un postrer esfuerzo.

— Pero, señor alcalde...

— Y á usted le recuerdo el artículo ochenta y uno de la ley del 13 de Diciembre de 1799 sobre detencion arbitraria.

— Señor alcalde, permítame...

— Ni una palabra más.

— Sin embargo...

— Salga usted de aquí, dijo el señor Magdalena.

Javert recibió el golpe, de pié, de frente, y en mitad del pecho como un soldado ruso. Saludó hasta el suelo al señor alcalde y salió.

Fantina se apartó de la puerta y le miró con estupor al pasar por delante de ella.

Sin embargo, ella tambien era á la sazón presa de un trastorno, de un desconcierto extraño. Acababa de verse en cierto modo disputada por dos potencias opuestas. Habia visto luchar ante sus ojos á dos hombres que tenían en sus manos su libertad, su vida, su alma, su niña; uno de aquéllos hombres tiraba de ella hácia el lado de la oscuridad; miéntras que el otro la atraia hácia la luz

En aquella lucha, vista al traves de la hiperbólica exageracion del espanto, los dos hombres se le habian representado como dos gigantes; el uno hablaba como su demonio, el otro hablaba como su ángel bueno. El ángel habia vencido al demonio; y, lo que la hacía temblar de piés á cabeza, aquel ángel, aquel libertador, era precisamente el hombre á quien ella aborrecia, aquel al calde á quien habia considerado tanto tiempo como el autor de todos sus males, aquel Magdalena! ¡y en el momento mismo en que ella acababa de insultarle de un modo horrible, él la salvaba! ¿Se habria ella engañado tal vez? ¿Deberia cambiar toda su alma?... Nada sabia, y temblaba. Escuchaba desatinada, miraba azorada y de-pavorida, y á cada palabra que decia el señor Magdalena, sentia deshacerse y desvanecerse en ella las horrendas tinieblas del rencor, y nacer en su corazon un no sé qué de confortante y de inefable que era á la vez alegría, confianza y amor.

Quando Javert hubo salido, el señor Magdalena se dirigió á ella y la dijo con voz pausada, experimentando una grande dificultad para hablar, como un hombre formal y grave que no quiere llorar:

— He oído lo que usted ha dicho. Yo nada sabia de cuanto ha referido. Creo que es verdad; y siento que es verdad. Ignoraba hasta que hubiese usted salido de mis talleres. ¿Por qué no se dirigió usted á mí? Pero hé aquí lo que ahora se hará: Yo pagaré sus deudas de usted, haré venir á su niña, ó bien usted irá á unirse á ella, si lo prefiere. Vivirá usted aquí, ó en París, ó donde quiera. Yo me encargo de usted y de su niña. No trabajará usted ya, si así lo desea. Yo la suministraré cuanto dinero necesite. Usted volverá á ser honrada, volviendo á ser feliz. Y aún, escuche usted, yo se lo declaro desde ahora, si todo es como usted lo refiere, y yo no dudo que será así



usted no ha dejado nunca de ser virtuosa y santa para con Dios. ¡Oh! ¡pobre mujer!

Esto era más de lo que podía soportar la pobre Fantina. ¡Tener á su Coseta! salir de aquella vida infame! vivir libre, rica, dichosa, honrada, con Coseta! ¡ver desplegarse bruscamente en medio de su miseria todas estas realidades del paraíso! Miró como atontada á aquel hombre que la hablaba, y no pudo hacer otra cosa que dar dos ó tres sollozos: ¡Oh! ¡oh! ¡oh! Sus piernas se doblaron, cayendo de rodillas ante el señor Magdalena, y ántes que él hubiera podido impedirlo, sintió que se tomaba la mano y que ponía en ella sus labios.

En seguida se desmayó.

## LIBRO SEXTO

---

# JAVERT

---

### PRINCIPIO DEL REPOSO

El señor Magdalena hizo trasladar á Fantina á la enfermería que tenía él en su propia casa, y la confió á los cuidados de las hermanas de caridad, quienes la hicieron acostar en seguida. Habíala sobrevenido una fiebre ardiente. Una parte de la noche la pasó delirando y hablando en alta voz. Sin embargo acabó por conciliar el sueño.

Despertó al día siguiente, á eso de las doce, y oyó una respiración junto á su cama: apartó la cortina, y vió al señor Magdalena de pié, mirando algo que se hallaba en su cabecera. Aquella mirada estaba llena de piedad y